

ALFONSO REYES

El plano oblicuo

La reciente novela de Eduardo Barrios, que es la gran actualidad literaria, ha traído y llevado entre los críticos el problema del estilo, virtud principal, hasta ahora indiscutida, de *Gran Señor y Rajadiablos*. ¿Qué importancia tiene? ¿Se adapta bien al asunto? ¿Hay un estilo hermoso *per se*, desde siempre, un estilo "perenne" como la ciencia, como la filosofía? O es algo relativo, contingente, adaptable, según las circunstancias . . .

Otras tantas cuestiones del mayor interés técnico enredadas en torno a un problema todavía insoluble: la definición de belleza.

Esta y muchas más definiciones han venido a moverse y flotar ante nosotros leyendo una colección de libros que acaba de enviarnos desde México Alfonso Reyes.

Entre libros, Burlas literarias 1919-1922, La Conferencia Colombo-Peruana, Panorama de la Religión Griega (1948), Cortesía (1948), editados por la Editorial Cultura, por el Colegio Nacional de Méjico, revelan en Reyes el propósito excelente, que alegrará al público, de imprimir sus obras completas; pero es en un libro antiguo, con veintitantos años, oriundo de Madrid, donde encontramos, junto con la gracia y el deleite, muestras de cuanto puede conservar, a despecho del tiempo, una prosa bella, un lenguaje propio, en suma, el buen estilo.

Aquí el maestro de México —y de América— puede afirmarse que no tiene rival.

Sus cuentos, diálogos, relatos y fantasías del año veinte no presentan una arruga, exhalan todo su leve aroma y dan la misma enseñanza de fina moderación, de inteligente equilibrio y de elegancia innata hoy que entonces. Uno marcha por ciertas páginas de hallazgo en hallazgo, sin saber, a veces, casi, lo que lee, por

atender al ingenio de la expresión, al encanto de la imagen, al gusto de la agilidad feliz, de la proeza disimulada, sin esfuerzo visible, sensible sólo para unos pocos.

La Cena, esa aventura con dos damas, esa visita de noche a doña Magdalena y a su hija Amalia, tan fantástica: ¿sucedió, no sucedió?

¿Fue extraña realidad o un simple sueño? "Tuve que correr a través de calles desconocidas. El término de mi marcha parecía correr delante de mis pasos y la hora de la cita *palpitaba ya* en los relojes públicos". He aquí una manera de vitalizar los relojes y la ansiedad: la hora "palpitaba ya". Y esta iluminación callejera: "Serpientes de focos eléctricos bailaban . . ." No hay exceso de novedad, la imagen no desborda sino unas líneas de lo habitual; muchos la encontrarán imperceptible. Esa es la gracia. No volver la cabeza, no mirar al auditorio, como el tenor, pidiendo aplausos, agradeciéndolos. Y este final elocuente de la pesadilla —o no pesadilla: "Cuando, a veces, en mis pesadillas, evoco aquella noche fantástica cuya fantasía está hecha de cosas cotidianas y (cuyo equívoco misterio crece sobre la humilde raíz de lo posible), pareceme jadedar a través de relojes y torreones, solemnes como esfinges en la calzada de algún templo egipcio". La frase recoge los temas musicales y los lanza, pero apretados. ¿Doña Magdalena, doña Amalia? ¿Para qué, exactamente, lo querían? "El aire piadoso de la cara de Amalia *se propagaba*, por momentos a la cara de la madre". Indiscutiblemente, las señoras existen, hablan, le dan de cenar; pero . . .

"Es debilidad que padezco —página 27— el temer a las cosas repentinas. Y como había madurado tanto el proyecto de juntarlos y concebido un escenario ideal —y acaso señalé día del año para el encuentro—, no dejó de afectarme aquella sorpresa como una burla del azar. Muchas veces me ha sucedido trepar distraídamente por una escalera y, al término de ella, disponerme, todavía, a alcanzar otro peldaño: mi pie cae entonces en una sensación de vacío . . .

Este mismo sentimiento sufrí: la cercanía del objeto superó mi propósito"... Pequeñas observaciones de cada día, agudamente notadas, conducen a una escena enteramente de Proust antes de Proust: por mucho que sepa Alfonso Reyes y muy al tanto que esté de las recientes novedades, suponemos que, en 1912, fecha de estos trozos, no lo habría impregnado el espíritu proustiano, apenas germinante, hasta fructificar en esas dos páginas, la 28 y la 29, dignas de analizarse. Es la misma sensación precisa de fenómenos leves, la captación sobreaguda de matices fugaces que, una vez cogidos, siempre que lo sean exactamente, con instrumentos de alta precisión, se inmovilizan, quedan grabados, no se van más. "Los hombres sentimos la atracción de los rostros que nos espían; así fue que, instantáneamente, sin titubear un punto, volvíme hacia un ángulo de la sala, desde el cual adiviné que nos llegaba la línea recta de una contemplación atentísima. Era él. Tan minuciosamente nos estaba observando que advertí todavía en su cara aquella opacidad —momentánea inercia— aquella manera ciega de mirar del que observa sin sentirse observado, del que observa con igual semblante al amigo y al desconocido... Porque los signos de la amistad casi no salen a la cara sino cuando chocan las dos miradas. Como él sintiera mis ojos sobre los suyos, iluminóse con una expresión de reconocimiento, que, sin ser todavía sonrisa, hubiera podido sustituír —y lo sustituyó en el caso— al saludo y al llamado". Se recuerdan algunas expresiones, vistas al microscopio, que presentaba la pupila de M. Legrandin cuando pasaba, en el éxtasis del snobismo, con una marquesa, sin querer saludar de pura dicha. Y también la yedra de sombra proyectada por los hierros del balcón del frente cuando iba a salir el sol, una sombra que no era una sombra todavía sino una palpitación del muro, una tensión... ¡Proust en España, desde México, el año 1912! Buena coincidencia para probar la madurez paralela, o polifónica, de ciertas razas de espíritus, en un momento dado, a través de las latitudes. La página 32 lleva otro ejemplo, no tan exacto: "Pocos gestos humanos ejercen sobre mí mayor influencia que las sonrisas: yo las recojo, las estudio, las con-

servo con acucia de coleccionador. Si mi amigo hubiera reído, habría dado, sencillamente, en una vulgaridad tan grosera como por ejemplo, una confesión inesperada... Y confieso que por un segundo —aunque estoy lejos de creer, con los ligeros, que la sonrisa es siempre una risa que comienza— temí que aquella sonrisa se desatara en risa: una risa es siempre un misterio que se descubre... La risa es la comunicación, la sociabilidad misma; al paso que la sonrisa puede ser el solo fulgor de un pensamiento solitario". Podría haber una ciencia de la risa y la sonrisa como signo psicológico, igual que hay una grafología y una quiromancia, con la ventaja de ser la risa y la sonrisa infalsificables, inmodificables y estar más cerca de la vida íntima que la letra o la mano. La risa y la sonrisa delatan, descubren, ponen a luz al necio, al falso, al hábil, al ingenuo, al candoroso, bueno y franco, lo mismo que al malvado, al frío, al duro y cruel, al impenetrable. Churchill menciona "la sonrisa siberiana" de Molotov. ¿Y la escalofriante sonrisa de lobo de Stalin, de lobo de la estepa?

Como hizo su colección de monóculos, cabe imaginar la colección de risas y sonrisas que habría podido reunir Proust, de venirle a la mente. Para un aficionado a estas monografías, la página de Alfonso Reyes serviría de base. Agil, aunque cargado de sabiduría, tocado aquí y allá, ligeramente, por la gracia de France y Eça de Queiroz, posee Alfonso Reyes, como ningún americano, la erudición auténtica y liviana, el conocimiento humanístico, hecho carne, vivido y respirable, que hace hablar a los griegos familiarmente, como amigos.

De allí, de ese conjunto complejo, la sencillez de su estilo.

Tendrán que andar mucho sus émulo próximos en el Premio Nobel para conseguir esa soltura soberana, esa elegancia maliciosa, ese saber sin apariencia de aprendizaje, tan naturales como si con ellos hubiera nacido.

Quien quisiera aplicar al problema del estilo las deducciones que la lectura de Alfonso Reyes suscita, después de muchas vueltas

por los aledaños de la cuestión, tratando de sacarla a superficie, acaso tendría que hundirse de nuevo en la fórmula antigua, que nada define, pero que endereza el asunto hacia su fuente: "El estilo es el hombre". El estilo es la mente, el espíritu, la cultura, el alma, la conducta, la vida anterior, la real y la soñada, más los viajes, los amores y los odios, la ocupación habitual, el desinterés, la codicia, la soledad, el disimulo, la franqueza, es decir, el hombre mismo y cuanto a través de los años, ha venido a estrellarse en él para resonar o estarse ahí en silencio, esperando.

ALONE.

El Mercurio.

Santiago de Chile, 26 de septiembre de 1948.

INVITACIÓN A LA POESÍA DE ALFONSO REYES

DESDE que escribí hace unos años un breve comentario sobre los *Dos o tres mundos* que con su buena mano de siempre organizó Antonio Castro Leal en las ediciones de Letras de México, he sentido deseos de escribir acerca de la poesía de Alfonso Reyes. A ello me mueve, hace ya mucho tiempo, el deseo de destacar en la obra de Reyes la parte que a mí —frente a la mayoría de las gentes— se me antoja esencial por diversas razones. Quizá no puedan esgrimirse éstas como valederas con esa rotundidad con que ahora se me escapa la afirmación a los puntos de la pluma, sobre todo si se deja uno intimidar o vencer por la importancia, el encanto o el interés de otras facetas de su obra. Pero ello no mengua en ningún caso en mi convicción ni en mi gusto el valor que quiero darle a esa afirmación y que intentaré darle en las líneas siguientes.

Volviendo al comentario de *Dos o tres mundos* —releído ahora—, veo que señalaba yo entonces que Castro Leal había prescindido en la arquitectura de aquel libro de las obras que pudiéramos llamar científico-literarias y de la poesía en verso de Reyes. Y que esta omisión —la de los versos— no era omisión del poeta Alfonso Reyes, que estaba presente en *casi* todos los ensayos y cuentos que había recogido el antólogo. Subrayo el *casi* porque me parece ahora inadecuado y carente de sentido: el poeta que es Alfonso Reyes no estaba entonces ni puede estar ahora en *casi* todo lo que escribe, sino absolutamente en todo. Su poesía —lo aprecien así o no quienes anteponen a ella determinada o determinadas regiones de su escritura total— es algo así como el centro y la esencia última de su obra. Es más, si Alfonso Reyes no fuera, antes que cualquier otra cosa, poeta —y precisamente el poeta Alfonso Reyes—, su obra no tendría la calidad que tiene ni ofrecería al lector que se adentra por ella ese equilibrio, ese tono medido, esa gracia precisa y fina que la caracterizan.

Yo no me atrevería a afirmar que la poesía de Alfonso Reyes